

Reseña biográfica del autor

Gabriel Castillo Suescún (Gabo Castillo), nacido en Medellín, Colombia, el 19 de septiembre de 1992, Comunicador Audiovisual y escritor. Es uno de los ganadores del concurso "Desde casa hacia el futuro", organizado por Tragaluz Editores. Asimismo, ha publicado cuatro novelas cortas: *Lo que dicta la Voz* (2019), *Renunciar a la Cordura* (2019), *El corazón cenicero* (2020) y *Tras la muerte, hay otro comienzo* (2020). También un libro de cuentos: *Relatos de una mente desencuadrada* (2020).

Ha obtenido Mención de Honor los siguientes concursos: 66° Concurso Internacional de Poesía y Narrativa "Premio a la Palabra 2019", por su cuento breve titulado *La Naturaleza del Torpe*; 68° Concurso Internacional de Poesía y Narrativa LIBRO DIGITAL "ELEGIDOS 2019", por los microrrelatos *Tiempo Real* y *Un Par de Líneas*; y en el concurso de cuento breve Tomás Carrasquilla, por un cuento titulado *Una y Otra Vez*. Uno de sus primeros cuentos, *Nunca Dejes de Bailar*, fue publicado por la Universidad de Córdoba de España en una antología, y el microrrelato, titulado *Una Mirada Furtiva*, fue incluido en la 29° versión de la Revista Demencia de Colombia; ambos seleccionados mediante convocatoria.

Entre febrero y agosto del año 2019, cursó el Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Además, realizó un curso virtual de Introducción a la

Psicología impartido por la Universidad de Yale y tiene diplomados en Psicología Clínica y Psicología Forense.

También ha escrito y dirigido cuatro cortometrajes. Con el primero de estos, titulado *Intersector*, se hizo al premio a mejor cortometraje en la 4° versión del festival Medellín en Corto y fue incluido en la selección oficial de Festival Internacional de Cine de Oriente de Antioquia; el tercer cortometraje está basado en *La Naturaleza del Torpe* y lleva el mismo nombre.

Facebook: @ElGaboCastillo

Instagram: @gabocastillo792

Índice

Una suerte de prólogo	6
Capítulo I: Lamento interrumpir	8
Capítulo II: Lo que el padre hubiese querido	17
Capítulo III: Alison	39
Capítulo IV: Lo deseado por la madre	72
Capítulo V: Delegados	91
Capítulo VI: Los cimientos, la construcción y el declive	98
Capítulo VII: Vocación de Periodista (Continuación de <i>Lo deseado por la madre</i>)	129
Capítulo VIII: ¡Que vivir valga la pena!	149

Una suerte de prólogo

Esta novela versa sobre la posibilidad de vivir otras vidas cuando la propia está a punto de extinguirse, con la condición irrefragable de que solo pueden vivirse otras vidas no escogidas por autonomía, sino aquellas que nuestros seres más cercanos deseaban que tuviéramos.

En esta novela hay saltos temporales y mudas de voces narradoras. Por momentos, la narración se remite al pasado de los personajes cruciales para dar luces sobre cómo llegaron hasta el punto en que se encuentran cuando la trama transcurre. Los personajes principales son Isaac Cañaveral, un joven artista, que está a punto de fallecer debido a una cirrosis, y Álisson, que es una delegada de la muerte, cuyo trabajo es posibilitar la opción de vivir vidas ajenas.

Me resultó pertinente escribir esta obra, porque se tocan temas familiares que son ecuménicos: las imposiciones de los padres y las decisiones de los hijos. Versa sobre diferentes tipos de crianza y de los roles paternos: sumisión, consensos, autoridad, despotismo, negligencia, entre otros. Además, los protagonistas son jóvenes que, de una u otra forma, se han abierto el camino para forjarse un futuro.

Escribir es una forma de abstraerse del mundo, de la realidad propia, y acceder a las alternativas que ofrece la imaginación. Abre la posibilidad de retratar una visión del mundo, tergiversando algunas de las leyes universales. De

allí nace mi motivación para escribir lo que escribo;
especialmente lo que respecta a esta novela.

Capítulo I: *Lamento interrumpir*

1.

Los primeros visos de luz matutina comenzaron a despellejar la noche. La luna, menguante, se negaba a desaparecer del panorama. Aunque yo era incapaz de sentirlo, podía observar el frío que ofrecía aquella madrugada. Se me permitía el olfato, intenso, infalible; la vista, de impensable alcance, de nítido enfoque, sin importar la distancia; y el oído, que tenía una agudeza no mundana o, por lo menos, muy superior a las capacidades sensoriales de un ser humano. Estaba desprovista del sentido del gusto y mi piel carecía de sensibilidad alguna. Una aglomeración de murmullos que departían antes de iniciar las labores matutinas y altavoces que ofrecían productos ambientaban la mañana opaca y nublada. Los trenes del Metro hacían vibrar, con más notoriedad de lo habitual, el puente que atraviesa la zona céntrica y divide la ciudad, recorriéndola de sur a norte, contiguo al río Medellín. Candados se aflojaban aquí y allá; luego los portales metálicos tronaban al abrirse completamente; los comerciantes acomodaban sus vitrinas y organizaban la mercancía. El aroma de las arepas asadas, luego aderezadas con mantequilla y queso; y los pasteles fríos, que contenían pollo o huevo; era acompañado por el

siseo del aceite hirviendo y las palmas de los vendedores, que invitaban a los comensales hambrientos.

Un asunto apremiaba mi andar. De paso, avizoraba el sector, tratando de localizar aquella energía expirante. Junto a mí, un hombre algo arrugado, con la piel trigueña y la tonalidad visiblemente desigual por partes, enfundado en un overol beige, arrastraba forzosamente una carreta repleta de cajas de cartón, replegadas y amontonadas; pude intuir que estas eran más pesadas de lo que su aspecto permitía entrever. Se me antojó vital ese hombre, pese a su edad, pese a su físico famélico, pese a las venas prominentes de sus brazos, pese a los hombros caídos y asimétricos, pese a todo. Las pequeñas ruedas de la carreta rechinaban y rebotaban levemente sobre el adoquinado. Sus brazos cenceños y venosos se adherían con fuerza a los largueros. Su faz, en especial la frente, se apretaba y desapretaba con cada paso, acentuando las arrugas. De mí qué hubiese sido de haber alcanzado su edad, de haberme librado de lo terminal y de haber tenido un expedito destino, una vida común y corriente; debía dejar de cuestionarme insulseces y continuar con la búsqueda; sí, definitivamente era lo que debía hacer.

A pocos metros de allí, un hombre de piel oscura, totalmente calvo, sentado en un banquito de plástico, cantaba sin afinación alguna, utilizando un micrófono inalámbrico y un parlante negro y empolvado. Vestía una camisa azul, con el cuello desabotonado y sin doblar, que le quedaba algo apretada, exhibiendo la anchura de hombros y pectorales.

Llevaba un jean, también muy ceñido a sus anchas piernas, y un par de mocasines. Era invidente, la gente se percataba de ello una vez pasaban cerca de él; luego depositaban monedas en el recipiente de aluminio que sostenía en su mano izquierda. Al escuchar las monedas, el individuo sonreía jovialmente y pedía un abrazo a cada alma generosa —y en apariencia desprendida— que había hecho su pequeño pero valioso aporte, antes de que se alejaran, continuando su rumbo y sus propios afanes. Una imagen sublime, como la sonrisa del sujeto, que no podía contagiarme, por más que yo desease que así fuera. La perversión, que suelen tener las mentes desencuadradas y las naturalezas violentas, no suele sentir atracción por afectar a personas como aquel hombre; si hubiese podido, me habría alegrado por ello. De cualquier forma, yo podía saber, con algo de precisión, que allí había más años de vida, de fortaleza, de canto desafinado, falto de entonación, sin talento pero lleno de ganas, del que dependía totalmente su sustento.

Aceleré el paso. Continué el registro de la zona; la observación minuciosa fue uno de mis pasatiempos en vida. Un sujeto tendido en un edredón viejo y maltrecho, arrinconado contra la reja cerrada de un local comercial, me saludó, casi elogiando mi delgada figura. Exhibió una gran, refulgente y sincera sonrisa, casi totalmente desdentada, de labios oscuros y resquebrajados. Su pelo era un revoltijo de mugre y desdén, despreocupación, desinterés. Tenía barba negra, negra, muy negra, y rala, que evadía los años que

aparentaba el resto de su aspecto. La mugre estaba restregada en todo su cuerpo. Los huesos sobresalían; la carne que los revestía era, por poco, inexistente. Aquello sí que me sorprendió, aunque no a un nivel de sobresaltarme o hacerme sentir asombro; solo quienes están próximos a morir pueden verme. No me acerqué, ni me detuve, pero lo miré fijamente mientras aletargaba un poco mi andar; dejé el trabajo para alguien más; yo ya tenía un objetivo; más tarde algún colega vendría por él —en caso de existir otros como yo, deambulando por las cercanías—, o simplemente el sujeto, con plazo vital perentorio, partiría solo, al igual que la gran mayoría de los mortales.

Cuando dejé atrás la zona central de la ciudad, me introduje por callejuelas anquilosadas, cuyas paredes supuraban humedad, desprestigio, estigmas y abandono. Los tejados eran chuecos y posiblemente el agua se filtraba, incluso, a causa de suaves lluvias. Una que otra casa estaba flanqueada por pequeñas balaustradas mal construidas, frágiles, viejas y sin resanar. Los adoquines —casi todos— estaban fuera de su lugar; algunos desniveles eran demasiado prominentes, peligrosos, una amenaza latente para los pocos transeúntes de aquella zona. Me topé, por fin, con el piso del sujeto. A un volumen considerable, sonaba una canción de Carlos Gardel. Quise disfrutar del bandoneón; era imposible. Entré sin más.

2.

El tocadiscos rechina más de lo habitual, como si saltara esquivando la aguja. El ruido del vinilo entorpece mi disfrute; ¡me jode el momento! No he parado de vomitar. Siento el sabor a bilis con sangre en la boca. La garganta me arde demasiado. Doy otro trago a la botella y eructo, soportando el ardor. Mi pecho está untado de mis entrañas. No tengo la fuerza suficiente para levantarme. Escupo un pegote rojo, paso mi lengua por los dientes y doy otro trago a la botella; ya casi se acaba, y no estoy en condiciones de ir a comprar más. Quizá si logro recoger los billetes que hay debajo de mi cama y llamar a un domiciliario, pueda tomarme una más. La canción está a punto de terminar y la que sigue no me gusta; ese LP está en mi memoria, incrustado permanentemente en los surcos de mi cerebro; pero lo disfruto más por partes, intercalando las canciones que realmente me satisfacen.

—Buenas noches —interrumpe mi lamentable goce una voz femenina—. ¿Quieres acaso que te ayude a cambiar el disco?

Lo que me faltaba: estoy alucinando. He traspasado mis límites. Alzo la mirada para toparme con ella, la dueña de aquella voz. Tiene un rostro inmóvil, una mirada fija, algo triste. Su piel es demasiado pálida, casi parece gris, como el vestido que lleva puesto. El cabello negro es muy liso; no alcanzo a ver qué tan largo es. ¡Qué ojeras!; peores que las

mías; demasiado oscuras. El iris de sus ojos parece plateado, fulgura, casi logra encandilar; se incrusta en mi desgracia. Su rostro me gusta, a pesar de la notoria cicatriz cerca del mentón. Parece muy joven. Se acerca a pausados pasos, mientras me mira fijamente, inmutable.

—Sé que usted no es real —le digo—, pero, de cualquier forma, déjeme disculparme por mis fachas y mis vicios y mi falta de deferencia y todo lo que encuentre fuera de lugar.

—Soy más real de lo que crees —responde—. Real, aunque inverosímil.

—¿Tan descuidado soy que he dejado la puerta abierta?

—De ello no hubo necesidad —dice—. Esa sangre no se ve bien —anota después.

—Cambie esa canción que no me gusta —alzo un poco la voz, como si estuviera en posición y en condiciones de exigir.

La mujer se inclina hacia adelante, alarga su brazo y, con sus extremadamente flacos dedos, toma la aguja y la introduce en otro surco. El contrabajo es el primero en hacer presencia esta vez. Ella vuelve a su posición inicial: muy quieta. Es bella, realmente bella. Y particular.

—Esa sangre no se ve bien —repite.

—¿Me regala su nombre? —pregunto.

—No deberías beber un trago más. Pero no vengo a sermonearte; mi objetivo es informarte, más bien.